

## EDITORIAL

### MONSEÑOR ROMERO Y LA PAZ

*El 24 de marzo se ha celebrado el sexto aniversario del asesinato y martirio de Mons. Romero. En El Salvador la celebración ha sido mayor en número de participantes y en calidad de compromiso que en años anteriores. En el extranjero son ya 37 los países que organizan con generosidad y entusiasmo este aniversario. El impacto de Mons. Romero es tal que en cualquier lugar y en cualquier situación donde cristianos y seres humanos luchan por las causas nobles de la justicia, la paz y la fraternidad, por la fidelidad a su fe y al seguimiento de Jesús, su recuerdo está cada vez más presente. Mons. Romero se ha convertido en punto de referencia obligado, inspirador y gozoso para todos ellos. En Estados Unidos o en Suecia, en las selvas del Amazonas o en las barriadas de Lima, en el lecho de un enfermo o en la soledad donde se toma una decisión comprometida, Mons. Romero sigue presente, iluminando y animando todo lo bueno que hay en el corazón de las personas y de los pueblos, denunciando y exigiendo conversión de todo lo que oprime y deshumaniza.*

*La celebración de los aniversarios muestra claramente este hecho, lo cual hay que recalcar. En pura lógica el paso del tiempo pudiera llevar al olvido de Mons. Romero o a contentarse con una veneración rutinaria que llevaría a la domesticación de su recuerdo. Y esa posibilidad se hace más real cuando hay varios grupos —también eclesiales— que quieren imponer el silencio o la matización casuística a su persona y a su obra para no recordar ya al querido Monseñor concreto, profeta vigoroso y evangelizador misericordioso, cristiano y salvadoreño a la vez, hombre de Dios y hombre de nuestra historia. Sin embargo, no hay olvido ni domesticación, sino recuerdo y profundización en su persona y en su obra; no hay indiferencia, sino necesidad cada vez más sentida de su presencia.*

*Pero hay que recalcar un segundo hecho. En los aniversarios, a Mons. Romero se le presentiza de una manera determinada: unificando su recuerdo y la realidad del presente. Ni durante su vida ni después de su muerte se puede separar a Mons. Romero de la realidad crucificada y esperanzada del pueblo salvadoreño. No se puede separar al pueblo salvadoreño de su Monseñor, pero tampoco se puede separar a Monseñor de su pueblo. Eso es también lo que muestran las celebraciones y así muestran que en verdad se celebra a Mons. Romero.*

### **1. La presencia de Mons. Romero en el anhelo de paz**

*Mons. Romero responde a todos los anhelos y aspiraciones justas del pueblo salvadoreño. Pero a medida que avanza la guerra, su recuerdo se unifica cada vez más con la aspiración más sentida: la paz. A más guerra, menos paz, y a menos paz, mayor el recuerdo de Mons. Romero. Si El Salvador está peor que antes por la guerra, el recuerdo de Mons. Romero se hace mayor y más necesario que antes. Esto es, en síntesis, lo que ha mostrado este aniversario. De una misma angustia y de una misma esperanza han brotado dos gritos que quieren decir lo mismo: "Monseñor Romero, presente." "No a la guerra, sí a la paz."*

*En mayor número y con mayor decisión los salvadoreños han dicho este año con afiches de Mons. Romero en sus manos y con cantos y oraciones en sus labios que están hartos de la guerra. Lo han dicho como salvadoreños y como cristianos, como pueblo pobre y como pueblo creyente. Por ello, su clamor y su oración se han hecho presentes en la calle y en la Iglesia. La manifestación-peregrinación muestra que Mons. Romero está presente en la calle y en la vida real del pueblo, muestra que este pueblo malvive, pero vive, quiere vivir y quiere que lo dejen vivir. Las misas en las iglesias, sobre todo en la abarrotada catedral, muestran que Mons. Romero está presente en el alma religiosa del pueblo, allá donde busca fortaleza para mantenerse en el sufrimiento, para encontrar sentido a su absurda situación, para seguir viviendo, luchando y creyendo, para trabajar por la paz, la justicia y la reconciliación.*

*Esta doble presencia de Mons. Romero en la calle y en la Iglesia no es algo programado, sino una respuesta a la realidad del pueblo. Con todo su ser, marchando con sus pies, cantando con sus labios, rezando con su corazón, quiere clamar por la paz. Y lo hace de la mano de Mons. Romero, pues él también clamó con todo su ser por la liberación de su pueblo, con su palabra en la Iglesia y con su caminar por pueblos y cantones, con el evangelio en una mano y con la sangre del pueblo en la otra. Mons. Romero clamó por la liberación "en nombre de Dios y en nombre de este sufrido pueblo;" y eso que Dios unió en Mons. Romero es lo que el pueblo pobre y creyente sigue unificando en*

*la calle y en la Iglesia. Bien está que Mons. Romero esté con su pueblo en la Iglesia y bien está que Mons. Romero salga a la calle con su pueblo. Y es además necesario para que de todas las formas posibles el pueblo salvadoreño exija y clame por la paz.*

*Todo lo anterior lo ha dicho y lo ha hecho el pueblo pobre y creyente; y con esa plenitud, sólo él. Dentro del espectro político, los revolucionarios recuerdan a Mons. Romero por agradecimiento, por encontrar en él inspiración para la liberación del pueblo y por respeto a su conciencia religiosa. Un recuerdo puramente político no hace justicia ciertamente a la totalidad de Mons. Romero, tiene sus peligros y puede empequeñecerlo. Pero tampoco le hace injusticia si ese recuerdo mueve cada vez más a escuchar los clamores reales del pueblo por la paz, a mantener los verdaderos ideales de justicia, a abrirse incluso a una fe, real o posible, que va más allá de análisis e ideologías.*

*Por el otro lado, ni la oligarquía, ni la Fuerza Armada, ni el gobierno de El Salvador, ni la embajada de Estados Unidos han recordado a Mons. Romero. Dicen que quieren la paz, pero no se atreven a unificar el trabajo por la paz con Mons. Romero. Por el contrario, aun después de seis años de muerto, Mons. Romero sigue causando miedo en esos estratos, pues sigue siendo serio cuestionamiento del actual proyecto democristiano-norteamericano y sigue siendo clara denuncia de que en el país las cosas no van bien, sino mal. Si no se atreven a recordar a Mons. Romero, si no se atreven siquiera a esclarecer su asesinato, si no lo recuerdan ni en su significado religioso ni en su significado político, entonces es que no desean avanzar en la causa de la paz tal como la entendió Mons. Romero y como la exige el pueblo salvadoreño.*



**Tanto en vida de Mons. Romero como después de su muerte, el pueblo pobre y creyente es el lugar natural de su presencia y de su herencia.**

*Tampoco la Iglesia institucional se ha excedido en la celebración del aniversario. Recalca con razón el significado religioso de Mons. Romero. Pero el excesivo miedo a su significado político —descualificado de antemano como manipulación— y el miedo real, aunque no confesado, a su significado y cuestionamiento evangélicos paralizan las celebraciones. Mons. Rivera y su obispo auxiliar estuvieron presentes en la misa de Catedral, pero ningún otro obispo del país se hizo presente. No estuvieron en su funeral hace seis años —herida que sigue viva en el pueblo salvadoreño— y siguen estando ausentes mientras el pueblo espera un claro reconocimiento oficial de Mons. Romero por parte de toda la Iglesia salvadoreña. Muchas religiosas se hicieron presentes en la manifestación-peregrinación; pero pocos sacerdotes. Muchísimos cristianos de las comunidades y refugios, de simbólicas pero importantes representaciones de las comunidades del campo, de comités de derechos humanos y de grupos de solidaridad, nacionales y extranjeros; pero muy pocos de movimientos apostólicos tradicionales, de las parroquias de la clase media y alta. Estas presencias y ausencias muestran ya sí y en qué medida los diversos grupos eclesiales están dispuestos a trabajar por la paz.*

*Ha sido, pues, el pueblo pobre y creyente quien ha celebrado a plenitud el aniversario de Mons. Romero. En esto no hay que engañarse. Tanto en vida de Mons. Romero como después de su muerte, el pueblo pobre y creyente es el lugar natural de su presencia y de su herencia. Se sabe orientado y animado por un grupo de religiosas y sacerdotes, pero él mismo es el protagonista de las celebraciones porque lleva a Mons. Romero dentro de sí. Ese pueblo pobre y creyente es el que más sufre el conflicto y sus consecuencias, el que más pone los muertos de la represión, de la violencia y de la guerra, el que más engrosa las filas del más del millón de desplazados y refugiados, el que más sufre los bombardeos, las acciones militares, los desalojos, el que más se angustia por la separación o desaparición de sus seres queridos, el que más se abate en la miseria por la depauperación galopante. Y ese pueblo pobre y creyente es también el que más se aferra a la fe en Dios para seguir viviendo, trabajando, luchando y esperando, tal como se lo enseñó Mons. Romero.*

*No cabe duda, pues, de que Mons. Romero sigue presente en su pueblo, de que cada vez se hace más presente entre quienes desean la paz y están dispuestos a trabajar por ella y de que un sencillo criterio para juzgar quiénes quieren la paz, en qué medida y de qué forma es si y cómo recuerdan a Mons. Romero.*

## 2. El aporte de Mons. Romero a la paz

*Si Mons. Romero sigue presente entre quienes quieren la paz, entonces su recuerdo puede seguir aportando a la paz; y como la paz es urgente, es necesario poner a producir a Mons. Romero a favor de la paz. Sería absurdo y sumamente empobrecedor para el país no poner a producir a Mons. Romero cuando se tocan tantas otras instancias —políticas (diálogos, Contadora, declaraciones de las Naciones Unidas) y eclesiásticas (encíclicas y mensajes papales, cartas pastorales episcopales)— y hasta ahora con tan poco éxito. Indudablemente habrá que historizar para hoy lo que él dijo e hizo en la situación concreta en que vivió. Historizar no significa repetición mecánica ni reproducción mímica; pero debe significar mucho menos ignorar a Mons. Romero bajo el pretexto de que la situación es hoy distinta. Significa recordar y actualizar su trabajo en bien del pueblo salvadoreño y el espíritu con que llevó a cabo ese trabajo. No habrá que buscar a Mons. Romero una receta para la paz, pero sí la decidida voluntad a trabajar por ella, el espíritu con que hay que trabajar y la dirección de ese trabajo.*

*Mons. Romero repetiría hoy que el problema último de la paz es el problema de la justicia, que sólo consiguiendo ésta desaparecerá el principio originante de todo conflicto, violencia y guerra. “Yo denuncio, sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable” (12.8.1979). Ese es y sigue siendo el gran mal porque en sí misma es violencia institucionalizada, lo que da muerte lenta a las mayorías pobres y lo que genera toda suerte de violencias para defender la injusticia y para defenderse contra ella, y lo que conduce a todo tipo de muertes, más de 50.000 desde que él mismo fue asesinado. Trabajar por la paz es, por lo tanto, trabajar por la justicia, por la vida de las mayorías, por ese mínimo que es “el máximo don de Dios,” como él decía: la vida.*

*En el momento actual no cabe duda de que Mons. Romero añadiría que hay que trabajar por finalizar cuanto antes la guerra, producto de la injusticia, y que a su vez sigue produciendo más muertes y haciendo cada vez más difícil la vida misma de las mayorías. Prolongar la guerra no es sólo prolongar la muerte, sino retrasar espantosamente la reconstrucción del país en justicia; alimentarla con más armas y más destrucción, concebirla sólo como la manera de derrotar definitivamente al enemigo, sin tener en cuenta el presente y el futuro del pueblo, sería blasfemo. No cabe ninguna duda de que Mons. Romero escribiría hoy cartas más duras al presidente Reagan que la que escribió a Carter, pidiéndole que no enviara armas a El Salvador, como exigiría también a la otra parte que no las acumulara.*

*Mons. Romero no fue un pacifista a ultranza, defendió la necesidad de luchar para conseguir la justicia, llegó a afirmar la*



posible legitimidad de una insurrección popular, pero en su tiempo insistió en agotar todos los métodos de paz, y hoy clamaría por poner fin a la guerra cuanto antes por medios de paz. Hoy clamaría con más fuerza contra la militarización del conflicto. "Estamos hartos de armas y de balas... El hambre que tenemos es de justicia, de alimento, de medicinas, educación y programas efectivos de desarrollo equitativo. Si se llegan a respetar los derechos humanos, lo que menos necesitaremos serán armas ni métodos de muerte" (21.10. 1979).

La unificación de justicia y paz fue el anhelo de Mons. Romero. Sin embargo, no fue esto lo más específicamente suyo, pues es ya un tópico afirmar que no puede haber paz sin justicia, a lo cual se añade el amor, la verdad y la libertad. Lo específico de Mons. Romero y lo que hay que reproducir es la convicción con que lo decía, la voluntad decidida a trabajar por ese ideal y el espíritu con que imbuía ese trabajo. En concreto hay que trabajar hoy por la paz y la justicia con el espíritu de amor, de verdad y de libertad, tal como él lo poseía y como lo exige la situación actual.

El amor fue para Mons. Romero, sin duda, desear y trabajar por la liberación del pueblo salvadoreño, pero desde un presupuesto que hoy se hace más necesario que nunca: la compasión, la misericordia. Mons. Romero se dejó afectar hondamente por el sufrimiento del pueblo, se compadeció de él y aprendió a padecer conjuntamente con él. Nunca pactó con el dolor del

pueblo, nunca lo consideró simplemente como el costo social necesario de una revolución y, por supuesto, condenó considerar ese sufrimiento como el genocidio necesario para mantener privilegios o para instaurar un nuevo orden, aunque se le denomine democracia. Misericordia significó para él sufrir con el pueblo, vivir con él y desvivirse por él. “La muerte, la sangre, tocan el corazón de Dios” (16.3.1980), decía, y le tocaron para siempre su propio corazón. Por eso fue siempre acompañante fiel del pueblo en su sufrimiento, aunque sea —como dijo en trágico lenguaje— “recogiendo cadáveres y atropellos” en Aguilares (19.6.1977), “recogiendo cadáveres e impartiendo la absolución a los moribundos” (15.2.1980). Esa compasión y misericordia fue la raíz de toda su actividad, lo que le hizo mantenerse fiel a Dios y al pueblo en medio de riesgos e incomprendiones hasta el final.

La verdad fue para Mons. Romero medio necesario y fructífero para buscar soluciones al país. Eso significó buscar la verdad del país, sus causas, los mecanismos para encontrar una solución. Para ello consultó frecuentemente a especialistas, pero preguntó también al pueblo, quien en sí mismo sufre la verdad de la situación y la expresa mejor que nadie. Una vez encontrada la verdad, Mons. Romero la dijo y la dijo toda, desenmascaró la mentira con que se encubre la injusticia y denunció sobre todo las abominaciones que claman al cielo, aunque se pretenda mantenerlas ocultas. “La violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar gente. ¡Todo esto es el imperio del infierno!” (1.7.1979). Pero decir la verdad significó sobre todo otra forma de defender al pueblo, pues la verdad está a su favor. “Estas homilias quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz. Esta pobre voz encontrará eco en aquellos que amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo” (29.7.1979).

La libertad significó para Mons. Romero liberarse en primer lugar de tantos obstáculos culturales, personales y aun religiosos que impiden ver la verdad de las cosas, que ideologizan precipitadamente los juicios sobre la vida y la muerte de los salvadoreños, como si fuesen en el fondo valores relativizables. Libertad significó entonces en lo fundamental desideologizar nuestra visión del mundo, como si por ser occidental fuese ya automáticamente el mundo de Dios, relativizar otros intereses legítimos políticos y eclesiales ante el gran interés objetivo de la vida de los pobres. “Según les vaya a ellos, al pueblo, la Iglesia irá apoyando uno u otro proyecto político” (2.2.1980). Pero libertad significó sobre todo entrega al pueblo sufriente, la libertad paulina de esclavizarse a otros para su salvación, la libertad de Jesús a quien no le quitan la vida, sino que la entrega por

**De una misma angustia y de una misma esperanza han brotado dos gritos que quieren decir lo mismo: ¡Monseñor Romero, presente! ¡No a la guerra, sí a la paz!**

*amor. "Un bienestar personal, una seguridad de mi vida, no me interesa mientras mire en mi pueblo un sistema económico, social y político que tiende cada vez más a abrir diferencias sociales" (14.1.1979). Libertad, por lo tanto, significó para Mons. Romero liberación de sí mismo para servir y entregarse por amor.*

*Quien así habla y actúa, con espíritu de misericordia, de verdad y de libertad puede hacer eficaz el trabajo por la justicia y por la paz. No sólo recuerda doctrinalmente que éstas no pueden subsistir sin aquéllas, sino que, sin esperar a que la misericordia, la verdad y la libertad sean realidades plenas en el país, las pone a producir ya para que lleguen a ser realidades cada vez más plenas.*

*Ese espíritu produce creatividad en lo eclesial y en lo político, compagina lo utópico con lo realista, muestra adónde se debe llegar y propone pasos concretos. Ese espíritu proporciona fortaleza en medio de graves dificultades y mantiene la esperanza, capacita por la credibilidad que conlleva para exigir diálogo y negociación a ambas partes y para exigir a todos la difícil reconciliación. "Sobre todo, por encima de todo, está la palabra de Dios que nos grita: ¡Reconciliación!" (16.3.1980).*

*Ese espíritu es capaz de aglutinar al pueblo y unificar a la Iglesia, y quizás eso sea hoy lo más necesario y urgente: la constitución de un pueblo y de una Iglesia que clamen por la paz y trabajen por ella. Pero para ello hay que dar confianza al pueblo y eso sólo se consigue teniendo confianza en el pueblo, en sus valores, en su generosidad y en su heroísmo. Mons. Romero tuvo y comunicó esa confianza en el pueblo y con ello le devolvió dignidad y lo ayudó a constituirse en pueblo salvadoreño y en pueblo de Dios. "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor" (18.11.1979). "Yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender del pueblo" (9.9.1979).*

*El aporte de Mons. Romero a la paz es, en definitiva, el aporte de amor. Quien ama al pueblo salvadoreño más que a sí mismo, más que sus intereses grupales, ideológicos, políticos o eclesiales, buscará y encontrará caminos para la paz. Los buscará de una manera o de otra, pero no pactará con la indiferencia ni se contentará con lamentaciones. Para los cristianos Mons. Romero es hoy la mediación del grito paulino: "el amor de Cristo nos urge." Lo único que no puede hacerse en esta situación es no hacer nada. Mons. Romero sigue siendo el más insignificante ejemplo del amor, de la exigencia y urgencia del amor. Hoy se necesita de su santo espíritu para escuchar y hacer lo que nos pide el Espíritu de Dios en favor de la paz.*



### 3. El legado de Mons. Romero a la Iglesia: el trabajo por la paz

*El recuerdo de Mons. Romero sigue siendo sumamente necesario y fructífero. ¿Lo está poniendo a producir la Iglesia? ¿Lo está poniendo a producir específicamente en favor de la paz? La respuesta es muy matizada. Sí, en algunas directrices y actividades del arzobispado; sí, sobre todo, en el trabajo de comunidades y pequeños grupos de religiosas y sacerdotes. Pero no en la Iglesia como totalidad y ciertamente no con la decisión y dedicación proporcionales a la gravedad del conflicto y al clamor por la paz.*

*A niveles jerárquicos, considerada en conjunto la conferencia episcopal y todas las diócesis representadas, se hace poco por la paz. De ella se habla en cartas pastorales, se la presenta como el más urgente bien y se alientan caminos pacíficos —el diálogo— para conseguirla; pero los análisis históricos y teológicos que subyacen son limitados cuando no parciales, no ofrecen motivación suficiente y no impulsan de hecho al trabajo por la paz. Los planes pastorales de las diversas diócesis, con la excepción de la de San Salvador, no incluyen como algo importante el trabajo por la paz. El trabajo real de la jerarquía del país, tanto a través de lo pastoral como de su directo influjo político, es claramente insuficiente.*

*En la arquidiócesis, Mons. Rivera ha afirmado como prioridad pastoral el poner fin a la guerra por medios políticos pacíficos, humanizarla mientras dura y alivia sus consecuencias.*



*Ha aceptado ser mediador entre ambas partes y algo ha ayudado a que se den los conocidos diálogos y mediaciones concretas con fines humanitarios. Algunas dependencias de la arquidiócesis, cada una según su propia naturaleza, trabajan por la paz: la oficina de tutela legal, el secretariado social, la vicaría de pastoral.*

*Todo esto es importante y sin ello la situación del país sería todavía peor. Pero, indudablemente, la Iglesia, también la de la arquidiócesis, tiene que hacer más y puede hacer más por la paz. Se lo exige la situación del país y a ello la debe impulsar el recuerdo de Mons. Romero. Proponemos ahora algunas tareas que la Iglesia puede llevar a cabo. Si se toman todas en su conjunto, si se llevan a cabo con el espíritu de Mons. Romero, ninguna duda cabe de que indirectamente, quizás, pero eficazmente, la Iglesia estará colaborando a la ansiada paz.*

*Una primera tarea es la de sacudir la indiferencia ante el trabajo por la paz de buena parte de la población y de buena parte de los sacerdotes y agentes de pastoral. La guerra y sus consecuencias no dejan indiferente a nadie; la paz se desea, pero muy pocos trabajan por ella. Esta indiferencia y aun miedo ante el trabajo por la paz es comprensible tras años de guerra y de opresión popular y persecución eclesial a cualquier compromiso en favor de las mayorías populares; es comprensible también por la sentida impotencia ante tamaña tarea y los pocos resultados que se obtienen. Pero la Iglesia no debe pactar con esa indiferencia y menos aún fomentarla indirectamente en nombre de una religiosidad descomprometida, como si lo que Dios quisiera decir en estos momentos fuera dar la máxima importancia a lo religioso, relativizando las cosas terrenas. Cuando por diversas razones está resurgiendo el trabajo por la paz en sindicatos, organizaciones populares, comités de solidaridad etc., la Iglesia debiera preceder con el ejemplo.*

*Para sacudir esa indiferencia la Iglesia puede y debe acudir al análisis de la situación que muestra el espantoso presente y futuro de no poner fin a la guerra. Pero debe sobre todo apelar al evangelio y a la conciencia cristiana, a la pregunta de Dios: "¿Qué has hecho de tu hermano?," a la denuncia de Jesús en la parábola del buen samaritano: no den un rodeo como el sacerdote y el levita ante el herido en el camino, herido que es hoy todo un pueblo.*

*Una segunda tarea es contar con, e introducir activamente al pueblo de Dios en el trabajo por la paz. Hasta ahora, ese trabajo se lo ha reservado celosamente la jerarquía, aunque haya animado o tolerado —a veces, desaprobado— las iniciativas de la ba-*

**El gran secreto de Mons. Romero fue unificar a Dios y al pueblo pobre, poniendo su confianza en Dios y también en el pueblo pobre, aprendiendo de la palabra de Dios y de la palabra del pueblo pobre.**

*se. Que la jerarquía juegue un papel importante e insustituible, sobre todo en países como el nuestro, es evidente. Pero no debiera ni teórica ni prácticamente reservarse sólo para sí el trabajo por la paz. En primer lugar, porque es la totalidad del pueblo de Dios, pobre y sufriente en su inmensa mayoría, el más cruelmente afectado por la guerra, y por ello tiene derecho histórico a decir su palabra sobre la paz. En segundo lugar, porque el pueblo de Dios, no sólo de derecho, tal como se lo confiere el Vaticano II, sino de hecho, ha mostrado sus numerosos carismas, su entrega y generosidad en causas nobles y cristianas. Su potencial es, por lo tanto, muy grande y hay que ponerlo a producir. Si se unifica la palabra orientadora de la jerarquía y el trabajo de todo el pueblo de Dios poca duda cabe de que la palabra de la Iglesia por la paz tendrá una fuerza incontenible.*

*En concreto, esto significa unificar a todo el cuerpo eclesial en torno al trabajo por la paz y usar todas las plataformas institucionales en su favor: reuniones del clero, de vicarías, del senado; reuniones y formación permanente de la CONFRES; parroquias, homilias dominicales preparadas conjuntamente para hablar con una sola voz, movimientos apostólicos que actúen, en esto al menos, unificadamente; comunidades de base, instituciones de derechos humanos, comités de refugiados, de solidaridad, de grupos que ya trabajan explícitamente por la paz, instituciones educativas, sus miles de alumnos, maestros y padres de familia; seminario y otros centros de teología; los medios de comunicación de la Iglesia, Orientación y la YSAX sobre todo porque llega a cientos de miles de salvadoreños; importantes contactos internacionales con instituciones religiosas, políticas, humanitarias, etc., etc. Si todo este potencial se aglutina y se pone a producir crecerá el cuerpo eclesial como tal y su influjo en el país será inmenso.*

*Una tercera tarea es la de expresar pública y masivamente la urgencia de la paz. En general, la Iglesia no es muy afecta a este tipo de manifestaciones por no ser algo específicamente suyo y en la actualidad por el repetido miedo a la manipulación. Pero si excepcionales serían estas medidas, más excepcional es la situación del país. Cuando la guerra ocurre en la calle, la Iglesia no puede refugiarse sólo en el templo. No significa esto organizar manifestaciones políticas, sino poner en clara y poderosa palabra religiosa el anhelo de paz. Si Mons. Romero celebró una única misa en la plaza de catedral como protesta y expresión de la anormalidad del país por el asesinato de un sacerdote, cuanto más la actual situación amerita una masiva concentración eclesial para pedir por la paz; podría fungir además como referéndum eclesial para saber si en verdad se quiere la paz en el país por medios pacíficos.*

*Una cuarta tarea es hacer fructíferas todas las potencialidades que tiene la mediación: éste servicio la arquidiócesis lo ha*

*aceptado a nivel político-humanitario. Pero la mediación, desde un punto de vista evangélico, va más allá de eso; consiste en poner en contacto a las dos partes del pueblo para unificarlas. Esto lo puede y lo debe hacer la Iglesia de forma y con mecanismos eclesiales. Uno de ellos, sumamente importante, es la presencia eclesial en ambas zonas del conflicto, la presencia de sacerdotes, religiosas y otros agentes de pastoral, de forma pública y autorizada por la Iglesia. Con ello, además de superar la injusticia de que quienes más sufren las consecuencias de la guerra por vivir en zonas conflictivas son también los más desatendidos por la Iglesia, se estará diciendo que en verdad hay un sólo pueblo salvadoreño y un sólo pueblo de Dios. Estando en ambos lugares, la Iglesia podrá decir con credibilidad que lo que divide al pueblo es lo mismo que lo que lo unifica: la injusta pobreza secular y, ahora, los horrores de la guerra; podrá decir evangélicamente con credibilidad que Dios quiere la vida de todos, de los que están en un lado y en otro.*

*Este tipo de mediación es ya una incipiente unificación del pueblo y tiene consecuencias positivas para el trabajo por la paz. Mediando así la Iglesia podrá ser voz de todos, clamor por la paz de todos. Y mediando así, la Iglesia estará poniendo los cimientos de la reconciliación, sin la cual ninguna paz futura será duradera ni fraterna. Hay que seguir, pues, los primeros pasos mediadores de Mons. Rivera en este sentido y trabajar para que ocurra en todas las diócesis.*

*Estas son algunas de las formas cómo la Iglesia podría hacer más por la paz. Eso es también lo que hizo Mons. Romero en su propia situación. Si se llevan a cabo esas tareas con el espíritu de Mons. Romero no cabe duda de que la Iglesia estará trabajando por la paz y Mons. Romero seguirá presente en ese trabajo.*

*Pero, digamos para terminar, que la Iglesia lo podrá hacer si mantiene el espíritu fundamental de Mons. Romero, unificando a Dios y al pueblo pobre, poniendo su confianza en Dios y también en el pueblo pobre, aprendiendo de la palabra de Dios y de la palabra del pueblo pobre. Este fue el gran secreto de Mons. Romero, lo que lo convirtió y lo santificó, lo que lo convirtió en pastor de pueblo e Iglesia. Con gran respeto terminamos intentando poner en palabra lo que él nos diría hoy, lo que denunciaría y a lo que nos animaría, desde Dios y desde el pueblo, como lo hizo en las palabras finales de su última homilía en catedral.*

*En nombre de Dios y de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: cese la represión, cese la guerra, cesen las torturas, cesen los secuestros, cesen los bombardeos, cese la destrucción, cese la intervención... Trabajemos por la paz, empecemos a construir juntos, a vivir como hermanos, como salvadoreños, como hijos todos de un mismo Padre.*